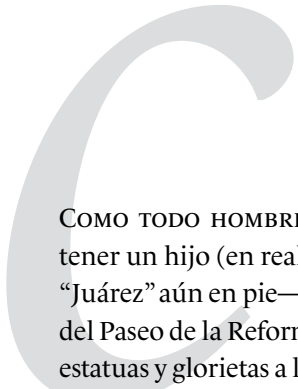


Juárez sin Reforma

Jorge Vázquez Ángeles

Columna de la independencia en 1928. (Fotografía: Gamma-Keystone via Getty Images)



COMO TODO HOMBRE QUE SE PRECIE DE SERLO, Porfirio Díaz se dio tiempo para tener un hijo (en realidad tuvo tres), sembrar un árbol —un ahuehuete de nombre “Juárez” aún en pie— y aunque propiamente no escribió un libro, con la conclusión del Paseo de la Reforma cumplió el sueño liberal de plasmar la historia de México en estatuas y glorietas a lo largo de una avenida de poco más de tres y medio kilómetros. La intención era que a ojos de toda la gente quedara constancia de los personajes que forjaron la nación.

En esta historia existen ironías, inconsistencias y estatuas que cambian de lugar una y otra vez. Para empezar, la celebración de la Reforma, así como el homenaje a los héroes de la independencia lleva la marca del Segundo Imperio Mexicano. De acuerdo con Carlos Martínez Assad,¹ menos de un mes después de su llegada a México, Maximiliano de Habsburgo, un empedernido amante de las esculturas, ordenó que se construyera una columna en la Plaza Mayor para honrar a los héroes de la Independencia. En la base se colocarían las estatuas de Hidalgo, Morelos, Iturbide y un cuarto héroe que se incorporó al listado un año después: Vicente Guerrero. “En el fuste de la columna irían escritos con letras de bronce dorado los nombres de los demás caudillos insurgentes. La columna estaría coronada por una escultura en bronce que representaría a la nación”.² Hacia el 16 de septiembre de 1864 se colocó la primera piedra, bajo la mirada de la emperatriz Carlota en representación de su marido que había viajado a Dolores, Guanajuato, a encabezar la ceremonia oficial. Del proyecto, como es sabido, sólo se construyó un basamento que dio pie a la gente para referirse a la plaza mayor como “el zócalo”, denominación aún vigente. Incluso la plaza más importante de México, la plaza de la Constitución, huele a Maximiliano.

Al mismo tiempo, el emperador solicitó al ingeniero Juan Agea el trazo de un paseo que comunicara el bosque de Chapultepec con Palacio Nacional. Atravesando los terrenos de familias como Martínez de la Torre y Somera, el eje remataría en la estatua ecuestre de Carlos IV, que tras haber permanecido oculta en el patio de la antigua universidad, había vuelto a cabalgar en el Paseo de Bucareli en 1852. El segundo emperador mexicano no sólo pretendía que su esposa lo viera llegar desde el mirador del castillo. En política, la forma es fondo. Simbólicamente, Maximiliano pretendía establecer una línea, una relación con Carlos IV, un monarca ilustrado como él. Incluso “El Caballito”, hacia 1865, fue removido unos cuantos metros para hacerlo coincidir con el centro de la glorietta en la que confluían el Paseo del Emperador, Bucareli y una tercera avenida.³

¹ Martínez Assad, Carlos, *La patria en el Paseo de la Reforma*, FCE, página 25.

² *Ibidem*.

³ Moya Gutiérrez, Arnaldo, *Arquitectura, historia y poder bajo el régimen de Porfirio Díaz*. Ciudad de México,

Con la república restaurada, a Benito Juárez el paseo le mereció poco menos que indiferencia. Le cambió el nombre a Calzada Degollado, en recuerdo del fiel y no siempre victorioso general Santos Degollado, el “héroe de las mil derrotas”, a quien el homenaje le duró poco. A la muerte de Juárez en 1872, la avenida se convirtió, definitivamente, en Paseo de la Reforma.

Sebastián Lerdo de Tejada ordenó que fueran sembrados fresnos y eucaliptos, y mediante la gestión de su ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, Vicente Riva Palacio, nieto de Vicente Guerrero, se empezó a dar forma a la avenida. Mariano Riva Palacio, su padre, fue abogado defensor de Maximiliano en Querétaro.

Entre 1876 y 1880, Riva Palacio “se embarcó en un ambicioso programa de embellecimiento de la ciudad de México en general y del paseo de la Reforma en particular.”⁴ Los liberales emplearían la misma fórmula que Maximiliano: conformar una galería de personajes que en el discurso oficial aparecieran como parientes lejanos con lazos y vínculos en común. El eje Cuauhtémoc-Hidalgo-Juárez poco a poco se fue perfilando.

En 1878, Riva Palacio mandó fundir dos estatuas de 5.90 metros de alto, Izcóatl y Ahuízotl, que fueron colocadas muy cerca del Caballito. Como ya había pasado con otras estatuas, como la de Morelos (inaugurada por Maximiliano) que de la plaza Guardiola fue enviada a las inmediaciones de Tepito donde todavía subsiste, a la gente acomodada que vivía a lo largo de Reforma las estatuas les parecían tan desagradables que pidieron su reubicación. En 1898 fueron llevadas al Canal de la Viga.

El primer monumento del paseo fue el dedicado a Cristóbal Colón. ¿De quién había sido la idea? De Maximiliano. La obra fue pagada por Antonio Escandón, empresario ferrocarrilero, quien encargó la estatua

al escultor francés Carlos Cordier en 1873. Un maestro de la Academia de San Carlos, el señor Bogolli, decía que la cabeza del genovés “tiene el tipo vulgar de un obrero francés [...], más que esfera terrestre [el globo terráqueo], parece una pelota de hule para el juego de raqueta”.⁵ Por razones burocráticas, la estatua, una vez enviada desde Francia, estuvo embodegada en la aduana de Veracruz cerca de dos años, hasta que Riva Palacio intervino para zanjar el asunto. El monumento se inauguró en junio de 1877.

Después, un decreto estableció que las tres glorietas restantes se dedicarían a Cuauhtémoc y los defensores de México-Tenochtitlán; a los héroes de la Independencia y a Benito Juárez. La primera piedra del monumento a Cuauhtémoc fue colocada en una fecha muy especial para Porfirio Díaz, el 5 de mayo de 1878, conmemoración de la Batalla de Puebla, que desde ese momento fue impulsada como fiesta nacional. Posteriormente se construyó la columna de la Independencia, no sin ciertos imprevistos, obra del arquitecto Antonio Rivas Mercado, inaugurada durante las fiestas del Centenario en septiembre de 1910.

Además de las glorietas con monumentos, de acuerdo con Arnaldo Moya, la paternidad de la “estatuaría cívica” a lo largo de la avenida es, de nueva cuenta, de Maximiliano, quien con el ánimo de aliviar las tensiones entre liberales y conservadores pretendió construir un panteón donde los héroes de ambos bandos convivieran desde la inmortalidad del bronce. Hacia 1887, y con Riva Palacio en Europa fungiendo como embajador plenipotenciario (Díaz lo mandó al “exilio voluntario” porque comenzaba a hacerle sombra), Francisco Sosa, amigo y subalterno del ex-ministro de Fomento, continuó con los planes que ambos habían trazado; entre ellos, que cada estado de la República seleccionara

1876-1911, CONACULTA, pág. 186.

⁴ *Ídem*, pág. 195.

⁵ Martínez Assad, Carlos, *La patria en el Paseo de la Reforma*, FCE, página 36.

Estatua de Cuauhtémoc sobre Paseo de la Reforma. Fotografía: William Henry Jackson, Biblioteca del Congreso



dos personajes que por sus méritos patrióticos o artísticos merecieran un lugar en el Paseo de la Reforma. Con el apoyo de Porfirio Díaz, la propuesta pronto se convirtió en una realidad no exenta de polémicas. Por ejemplo, el estado de Guanajuato, gran productor de héroes nacionales, prefirió reservar a sus estrellas para la columna de la Independencia. Las dos primeras estatuas de personajes correspondientes al Distrito Federal fueron las de Leandro Valle, a quienes no pocos consideraron indigno de tal merecimiento, e Ignacio Ramírez, que había nacido en Guanajuato.

Aunque Sosa pretendió encauzar la elección de los estados, fue imposible que todas las estatuas mantuvieran la misma calidad, no se incluyó a ninguna mujer. De las 38 estatuas del plan original (estados como Chiapas, Campeche, Colima, Tlaxcala, Morelos, Zacatecas y los territorios de Nayarit, Quintana Roo y Baja California, aún no obtenían la categoría de estados), la que ocupa el primer pedestal es la de Miguel Ramos Arizpe; la última, la del *Nigromante*, Ignacio Ramírez.

La historia no terminó del todo bien para los personajes que impulsaron el Paseo de la Reforma: Maximiliano murió fusilado; Riva Palacio falleció en Madrid, España, en 1896. Francisco Sosa murió en

la pobreza, en la casa marcada con el número 38 en la calle que hoy lleva su nombre.

Por motivos políticos, a los impulsores de la avenida más famosa del país se les olvidó celebrar a Juárez y los suyos. Donde hoy está la glorieta de la Palma debió de erigirse el monumento al Benemérito que fue honrado tardíamente con un hemicycle de impoluto mármol blanco en la Alameda, obra francamente menor en comparación a la Columna de la Independencia o al monumento a Cuauhtémoc. Quien le negó la gloria de bronce a Juárez fue Porfirio Díaz, aunque por conveniencia y pragmatismo político fungió como el principal promotor del mito juarista que aún persiste. Al estallar la Revolución, Porfirio Díaz partió a Francia, exiliado, cargando a costas el descrédito que persigue a los dictadores.

La *Guía Roji* de la ciudad de México registra alrededor de 860 calles con el nombre del Benemérito; con el de Porfirio Díaz, 185.